

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

## **Prólogo a Cartografías Literarias**

Por: Francisco Javier Pérez

**E**n las primeras páginas de *Hotel nómada* (2002), el libro de Cees Nooteboom, el viajero escritor establece una pequeña teoría de la cartografía literaria: “Una línea irregular trazada con un palo sobre la arena húmeda y palabras junto al dibujo, palabras que representaban acantilados, estrellas, arrecifes, fondeaderos, corrientes, que hablaban de lo que podía significar el comportamiento de los pájaros, de lo que el color del agua indicaba sobre la proximidad de un río, palabras repetidas siglo tras siglo en puertos y barcos. Acompañaban la azarosa aventura de hombres que se alejaban cada vez más de sus costas, que navegaban rumbo al agujero negro de lo desconocido y que regresaban, si es que regresaban, con nuevos mapas lingüísticos, escritos en el libro de su memoria”.

Confirmado o no, el presente y más reciente libro de Gregory Zambrano, *Cartografías literarias*, traza un dibujo sobre la arena húmeda de la literatura y escribe palabras junto al delineado en un esfuerzo por representar la naturaleza material de la literatura venezolana e hispanoamericana y, más aún, por indagar sobre el comportamiento de un lenguaje repetido de siglos que aún no hemos podido descifrar. La aventura azarosa de esta navegación hacia los abismos negros del conocimiento literario, siempre un penoso ir y venir hacia y desde lo desconocido, deja saldo iluminador en la factura de los mapas lingüísticos (literarios, pues) que se escriben en la memoria del viajero, libro utópico y más portentoso jamás soñado por ninguna literatura.

Cautivado por la poesía, la primera de las vocaciones creativas de Gregory Zambrano (quizá el mejor de los caminos para fondear después en los puertos del ensayo), va a buscar insistentemente en ella una respuesta cartográfica. Ganado por estas preocupaciones, publica, el año 2005, *Los mapas secretos*, una compilación de su poesía que no hace sino insistir en la definición de la literatura como una cartografía de entramado fatalmente ignorado.

Viajero literario, Gregory Zambrano recorre los territorios de la literatura venezolana y continental con el objetivo de trazar un mapa personal que permita anotar al lado de los dibujos las palabras definitivas que develen tenuemente los misterios sobre los que está edificada. Ulises y Odisea, los mellizos sabientes, vendrán en su auxilio permanentemente, comportando la imagen más clarificadora de su estirpe crítica: la del viajero sin reposo.

No es casual que uno de sus libros más determinantes sea el que dedica a las odiseas epistolares establecidas entre Reyes y Picón-Salas, en quienes emblematiza al impenitente viajero literario. En esa bella y necesaria obra que es *Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)* (2001 y 2007, ediciones primera y segunda). Visitado por las furias de lo arcano, esta empresa compilatoria y amorosa de Gregory Zambrano se propondrá, lográndolo, salvar las zonas de silencio, simas que caracterizan la comprensión de nuestra literatura (uno de los apéndices al tomo XXV de las *Obras Completas* de Alfonso Reyes recupera un escrito que tituló: “Literatura epistolar” y que en su momento, 1949, constituyó el estudio introductorio al volumen XL de los *Clásicos Jackson*. Aquí establecerá el maestro la necesidad del estudio de las correspondencias, pues sin éste “la historia, la biografía, las letras, presentan zonas de silencio”).

Como se sabe, Gregory Zambrano es al día de hoy uno de los más comprometidos estudiosos de la obra de Mariano Picón-Salas. Además del mencionado epistolario, ha desplegado una laboriosa investigación doctoral que se tradujo en su libro *Mariano Picón-Salas y el arte de narrar* (2003) y, antes, en *Mariano Picón-Salas y México* (2002). Con dirección hacia esta obra o a partir de ella el autor ha desarrollado un conjunto de artículos y ensayos que

modelan la hechura escrituraria del portentoso ensayista merideño, venezolano y americano, una búsqueda por delinear el mapa de una de las pasiones más agudas por comprender lo americano, lo venezolano y lo merideño en sus armonías y disonancias, en sus agruras y dulzores.

Dulzores y agruras que vuelven a presentarse en el conjunto de estudios y ensayos que dan forma a *Cartografías literarias*. La delimitación de fronteras y la marcación de isoglosas (conceptos prestados a la lingüística por la geografía y puestos en práctica primeriza en el *Atlas Lingüístico de Francia*, de Jules Gilliéron, en 1902-1910; que hoy a su vez han sido reasumidos por los estudios literarios) como posibilidad de comprensión de territorios de deleitable o escabroso recorrido, vienen en la obra de Gregory Zambrano a ordenarse en las tres fronteras que constituyen, a su vez, las tres secciones de esta obra. El objetivo no ha sido otro que trazar un mapa de las “fundaciones literarias”, el señalamiento de los “linderos de la tradición” y, culminantemente, el establecimiento de las “cartografías latinoamericanas”.

Problemas teóricos y críticos, relectura de viejos asuntos y práctica de nuevas intenciones, recuperación de autores y revisión de obras son algunos de los caminos que se proponen estas piezas magníficas para el dibujo de los Atlas secretos de nuestra literatura. Están allí para confirmarlo los estudios, ensayos y críticas sobre Cecilio Acosta, José Martí, Juan Antonio Pérez Bonalde, Pedro César Dominici, Manuel Díaz Rodríguez, Tulio Febres Cordero, Teresa de la Parra, Martín Adán, Mario Vargas Llosa, entre otros (que son muchos en la suma de recorridos referenciales que cada ensayo hace posible; vg. Reyes, Borges, Rulfo, Carpentier, Henríquez Ureña, Lezama Lima, Mariátegui, Arguedas, García Márquez, Uslar Pietri, Miliani). Ocultos tras estas cúspides escriturarias habitan otros prodigios, como resulta, así, el encantador episodio sobre “Pérez Bonalde y Oscar Wilde en la óptica martiana” o las alusiones al sublime Huysmans a título de *Cesarismo Dominiciano* (rival decadentista del gemelo positivista alcanzado, al poco tiempo, por Vallenilla Lanz).

La impronta de estas escrituras quedará manifestada gracias a la presencia de la historia y de lo histórico: un acercamiento cargado de razones y

emociones desde la literatura fundacional y hasta el más reciente devenir de una escritura que ya alcanza expresión definitiva. Obliga lo uno como lo otro a desarticular mitos y a deslastrar fábulas en torno a los orígenes, obliga a comprender las políticas de la escritura y las ficciones del poder, obliga a edificar imaginarios y a gestar su decadencia. Empeños por comprender nuestra historia literaria en sus delicias y en sus miserias que sólo la investigación histórica puede secundar cuando queda reunida (“atada”, hubiera preferido decir Gregory) a los lugares que la fecundan para ganarse irremisiblemente a una cartografía. En la “Presentación” de esta obra leemos las esclarecedoras palabras del autor, a este respecto: “El eje que ata estos estudios tiene que ver con lo histórico, más aún con eso que se ha llamado la razón de la historia; principalmente con momentos importantes del devenir latinoamericano y en especial, del venezolano en cuya literatura hemos trasegado durante algunos años. Se reúnen ahora para buscar un diálogo y proponer una lectura que sea capaz de generar nuevos interrogantes en un sentido amplio. Todo estudio es el seguimiento de una idea, la intuición de un hallazgo. En este itinerario hay también una propuesta de lectura que tiene mucho que ver con una cartografía cultural: la de nuestro continente expresada en algunas de sus obras literarias más significativas. Todos los estudios responden a una búsqueda; el dinamismo de las preguntas está circunscrito a los paradigmas de la historia y, en ese sentido, al impacto de la imaginación que la reconfigura”. En otro sentido, el cartógrafo literario sabe que la historia y la geografía componen un solo organismo analítico y hermenéutico para promediar el objeto de sus deseos disciplinarios: “Este volumen es un recuento de múltiples tránsitos por la espacialidad y la temporalidad de algunas obras literarias”.

Pero, nuevamente, la seducción de la cartografía atrapa, llama y obliga a nuevas reflexiones y referencias en la permanente fraternidad entre lo visto y lo dicho. Palabras y dibujos sobre la arena –la más pura de las escrituras, por igual volátil y memoriosa–, como si se tratara de un homenaje al personaje de Borges: un Homero que dibuja y escribe su nombre con caracteres de extraña ortografía, por donde ésta viene a ser página de un libro para mostrar el universo, página para ver su representación, cuando los ojos ya no son capaces de hacérselo ver.

En *Colección de arena* (1984), Ítalo Calvino produce la imagen de “El viandante en el mapa” y establece una teoría cartográfica del conocimiento que se bifurca en dos alternativas que irán a reunirse en la compleja comprensión de lo que los mapas físicos y espirituales significan para los hombres: “La cartografía como conocimiento de lo inexplorado avanza a la par de la cartografía como conocimiento del propio hábitat”. Mire, bien hacia fuera o bien hacia adentro, la investigación cartográfica de los hombres viene a confluír en una relación constante entre los territorios exteriores y sociales y los territorios interiores y personales; una zona de encuentro que es materia arcana y secreta en todos los casos (no por azar el autor señalará a Calvino, el escritor ítalo latinoamericano, y las gestiones cartográficas de *Bajo el sol jaguar* y de *Las ciudades invisibles*).

Leemos, por último, la portada de *Los mapas secretos* (2005), ese largo poema de poemarios, de Gregory Zambrano. Muestra un dibujo de ignota geografía atravesada por ríos y aproximada al cielo por altas montañas. Aunque no es posible percibirlo al comienzo, podría tratarse de una isla y, ciertamente, lo es o lo termina siendo, pues son islas los territorios más insistentemente buscados en el trazado de los orígenes, lugares que los espíritus mayores han engastado con los deseos más impostergables, enigmas para transformar la vida de dioses y de hombres. Pero el secreto de este mapa, cuya finura fascina y aterrera, está poblado de nombres extraños, reconocibles unos, enigmáticos otros; topónimos de múltiples latitudes, que invitan a lágrimas y a esperanzas, como si de rotaciones cardíacas se tratara: Algabalandia, Candynsburgh, Kanji, Kyomizudera, Kyoto, Miyajima, Truffaut y Xibalbá (de haberlos conocido Manguel o Guadalupi los hubieran incluido en su reveladora “guía de lugares imaginarios”, por más verídicamente míticos que alguno de ellos parezca). Un lenguaje gestado por los nombres de lugares nuevos; una literatura que se trastoca en misterio dentro de los mapas de la palabra.

Cabalístico, el séptimo poema del libro (“Cartografía”), un paisaje anunciado por naufragios, vigiliás y extrañamientos conducidos por la linterna

de Ulises (el fuerte símbolo anidado en el pensamiento literario del autor), ofrece una expresa teoría:

Tomo el pulso  
a esta fuerza de océanos a la deriva,  
juego limpio el juego de los duelos.  
sé que al final nadie quedará ileso  
y esa será una ofrenda a las palabras  
perdidas, a los amores imposibles,  
esta ofensiva que sacude los cimientos  
y se aferra a la tierra para no perder  
la compostura, para no alterar  
los rostros, para atarse a la comisura  
de los labios de la Tierra,  
leer los mapas secretos  
que ocultan geografías, misterios  
y el color de los ocasos en otoño.

De todo el amplio haber sólo queremos conservar la ofrenda de las “palabras perdidas” y la lectura de los “mapas secretos”, escondrijos de geografías y de misterios pautados con los colores de otoñal ocaso. Aquí la cartografía deja su lastre etnográfico para hacerse sólo figura y metáfora.

El saber poético cede, ya para siempre, la palabra al ensayista que la amasa en pro de la sabiduría. Estudioso oferente y serio lector vendrán a ser las notas más características de la importante obra de estudioso, ensayista y crítico literario que Gregory Zambrano viene produciendo desde hace muchos años. De ahí que ya no resulte fácil referirse a sus tareas y aportes de investigador sin temer parquedad en la apreciación o injusticia en la catalogación. En otras palabras, estamos en presencia de uno de los jóvenes maestros de la investigación literaria venezolana e hispanoamericana y sin que esto suponga descuido alguno de la implicación universal que estas literaturas tuvieron y tienen.

Poseedor de una bibliografía sólida y coherente, pues si algo no ha hecho Gregory Zambrano es dispersar sus esfuerzos en favor de una gestión estudiosa de picoteo temático y de chatura analítica, cuenta ya con un conjunto de títulos que son referencia obligada en el rescate y profundización de virtuosos de nuestra literatura, tales como, entre otros, Cecilio Acosta, Tulio Febres Cordero (prologó los *Mitos y tradiciones*, del memorialista merideño, para Monte Ávila Editores, en 1994) , Mariano Picón-Salas, Arístides Rojas (ha preparado la edición de obras del anticuario caraqueño para la Biblioteca Ayacucho), entre otros; esos que construyen los mapas fundacionales más certeros de nuestro patrimonio literario.

Sin ánimo de concluir este acercamiento prologal sólo apuntando la materia de la obra y olvidando a su autor maestro, amigo en la afinidad y el afecto, quiero recordar el origen y referir los desarrollos en los que estos se hicieron materia permanente de intercambios que, consecuentemente perduran hasta hoy más allá de las lejanías de lugar y de tiempo, sólo pequeños obstáculos cuando las amistades son grandes y verdaderas. Recuerdo y escribo, entonces.

En la obra de Gregory Zambrano hay un antes y un después de su viaje a México y de su prolongada estadía de estudios. Nos conocimos una tarde en la Universidad Católica Andrés Bello, a donde Gregory había sido invitado (situación que para nuestra fortuna ha seguido repitiéndose en tiempos más recientes) a dictar una conferencia, creo que sobre poesía venezolana auspiciada por el común amigo Miguel Marcotrigiano (se encontraba también allí, el padre Basilio Tejedor, que pronto se haría admirador y amigo del visitante). Mucho antes y muchas veces, el nombre de Gregory había sido invocado en las nutritivas conversaciones que sostuve con Alberto Rodríguez Carucci, uno de los maestros y mentores de Gregory en la Universidad de Los Andes, de donde procedía y a la que pertenece aún para orgullo de esa institución. Apenas nos saludamos esa tarde en Montalbán, pues iba cargado de premuras y de apremios por emprender la que sería, hoy podemos afirmarlo, travesía enriquecedora en el seno del “hermano mayor”, como gustaba Miguel Acosta

Saignes (así lo recuerda siempre Rafael Strauss) llamar a México, en su relación con el resto de la comunidad hispanoamericana.

Mientras duró el lapso de estudios que llevaron a Gregory a doctorarse honorablemente en El Colegio de México, institución tan cara a muchos estudiosos venezolanos, nunca nos vimos. Fue al momento de su retorno cuando volvimos a encontrarnos en el café del Ateneo de Caracas, otra tarde caraqueña (pues son las tardes caraqueñas los mejores momentos para marcar los episodios fundamentales de la ciudad; tristes muchos de ellos, como los referidos por Juan Vicente González al enterarse del fallecimiento de Andrés Bello: “por qué esta tarde más triste que las tristes tardes de Caracas”). Venía acompañado con Silvia Lidia González, su esposa, y venía cargado de obras culminadas y de proyectos en curso. Su amistad amplia y limpia brilló ese día para marcar ya para siempre su rasgo más característico. El prometedor investigador de años atrás ya era una realidad, el estudioso en ciernes ya actuaba con madura libertad, el escritor inicial ya era pasado y el nombre tantas veces invocado por Alberto se había trocado en compañero generacional, en cofrade venezolanista y en amigo permanente. Esta última tarde, la calidez y agudeza de Silvia creó el marco de expectativas con las que quedó sellado nuestro pacto de estudiosos de un mismo molde y tiempo, con unos mismos intereses y con los mismos impulsos de inteligencia y amor hacia nuestra literatura; la literatura, para nosotros.

Hijos de padres similares y ganados por una paternidad crítica que descrea de la condición parricida, hemos fecundado de la mano de generosos y venerables maestros. Movidos por pasiones múltiples, formamos parte de una comunidad o escuela de afectos y sensibilidades fraternales en el ensayo, dentro de una nutricia amplitud generacional y disciplinaria, junto a Domingo Miliani, José Balza, Alberto Rodríguez Carucci, Víctor Bravo, Carlos Pacheco, Oscar Rodríguez Ortiz, Luis Barrera Linares, Miguel Ángel Campos, Javier Lasarte, Mariano Nava, Nelson Rivera, Rafael Arráiz Lucca, Carlos Sandoval, Ángel Vilorio, Edgardo Mondolfi, Álvaro Contreras, Luis Ricardo Dávila y unos cuantos más.



Recuerdos y reflexiones que preparan nuestras notas finales sobre este libro magnífico, apenas unas tenues insinuaciones que nos atrevemos a proponer sobre los mapas literarios de Gregory. Siento, primeramente, que la obra presente debe ser vista en la perspectiva de su anterior producción ensayística y de estudio. Vino ésta a inaugurarse con *Los verbos plurales* (1993) y con ella el gesto de una declarada concomitancia en la diversidad de objetos de estudio y de métodos individuales ensayados para cada caso. Siguieron después tres nuevos libros que viraban hacia la concentración de problemáticas específicas de investigación y en donde la forma ensayo ganaba en posibilidades para acompañar los análisis, haciéndolos cada vez más ricos en facturas historiográficas y culturales. Quedaba claro en estas tareas cómo México comenzaba a actuar en beneficio de una perspectiva de la exploración literaria de gran calado. Los títulos se sucederían con intervalos muy cortos en demostración de una pertenencia a energías comunes de análisis y de escritura: *La tradición infundada. Literatura y representación en la memoria finisecular* (1996), *El lugar de los fingidores y otros estudios sobre literatura hispánica* (1999) y *De historias, héroes y otras metáforas* (2000). El haz conductor de todos estos impulsos venía a recaer en Picón-Salas, en quien Gregory Zambrano había reconocido la sustancia generatriz de muchos de sus propios asuntos. Coronarían, así, esta primera secuencia en la carrera ensayística de Gregory los estudios ya mencionados sobre el escritor merideño.

*Cartografías literarias*, se vea o no todavía con la luz que sólo ofrece la distancia y el tiempo, está marcando el comienzo de la segunda época en la producción ensayística de su autor; ésa que estará irrenunciablemente sellada por el período nipón que apenas emprende, un tránsito de viaje que nutre al escritor cartógrafo por un país que es un imperio en donde gobiernan, mandan y rigen los signos, como Roland Barthes ya pudo amorosamente demostrar. País de la escritura –dirá–, en donde ella se hará y será “cuestión de la ciudad, del almacén, del teatro, de los buenos modales, de los jardines, de la violencia; será cuestión de ciertos gestos, ciertas comidas, ciertos poemas; será cuestión de los rostros, de los ojos y de los pinceles con que todo esto se escribe pero no se pinta”.

Como si de una bisagra se tratara, *Cartografías literarias* marca una frontera entre la pintura literaria de su obra anterior y el dibujo escriturario de su obra venidera, producto de la experiencia literaria mexicana (una religión de tonalidad alfonsina), la primera, y de la experiencia escrituraria japonesa (una teología de tonalidades en arribo), la segunda. Una y otra, está claro, son posibles solamente gracias a la pasta hispanoamericana, venezolana y merideña que se reúnen generosamente en el autor de este mapa hecho libro: un don que nunca desestima las influencias que hagan crecer, un culto al eclecticismo más inteligente gestado por una cultura de lo ancho y lo vasto (de naturaleza “abierta y tendida”, hubiera dicho Gallegos).

La obra de Gregory Zambrano se acerca a problemas capitales en los estudios literarios y culturales y lo hace para propiciar una transformación que los divorcie de las interpretaciones rutinarias y gastadas, en las que buena parte de la crítica ha encontrado sus permanentes comodidades. Venturoso, consigue, en una ponderada pero abierta disputa con esa plana idea de la investigación literaria, cargar cada intención de estudio con renovadas y renovadoras fuerzas que ilustren sobradamente vías aún no ensayadas y que iluminen oscuridades aún persistentes en torno a algunos lugares mal explorados en los estudios literarios venezolanos. Es aquí donde lo cartográfico se hace necesidad como refutación de esa falaz modalidad (o moda) transplantada de los “Estudios Culturales”, por la que muchos de nuestros colegas de hoy empeñan su futuro de investigadores (este perdurable aporte de la Academia norteamericana afianza en suelo nativo el parapeto farsante y la razón justificadora de analistas engreídos e insolventes). Nada de eso encontramos en el denso y equilibrado perspectivismo con el que Gregory Zambrano nos hace ver las verdades de las mentiras en los estudios literarios y, más aún, nos alienta a sospechar de los esplendores en que las hemos reducido.

Su pintura, necesariamente cartográfica (por no decir cardiográfica), encuentra las fuentes correctas y hace uso de la mejor ciencia literaria para enfocar miradas y para ajustar cuentas, pero todo con la noble intención de llegar a conocer afectivamente y mejor nuestras tradiciones literarias y con la digna intención de satisfacerse en la grandeza sobre su cultivo. Así, no teme

evaluar los temas escabrosos, ni evade los más amorosos. Pienso, aquí, sin que pueda determinar cuáles corresponden a lo primero y cuáles a lo segundo, en las ficciones del poder y en la fabulación literaria de la historia, en los imaginarios decadentistas y en la escritura femenina emancipada (la mujer en la literatura y la literatura de la mujer), en los desafíos del canon y en la literatura de la violencia, en los paisajes de la creación poética y en el pensamiento de lo nacional, en los debates de la crítica y en la narración cartográfica. El mapa acota todos estos linderos y sus propios linderos en un recorrido que parte de la inspección de los mitos en la literatura (el de Amalivaca en los escritores antiguos y modernos [Gumilla, Gilij, Humboldt y Rengifo] y el de Vocchi [en Enrique Bernardo Núñez]) y que conduce a la cartografía fundante y a la ordenación narrativa del orbe latinoamericano como investigación de los espacios simbólicos; objetivo sobradamente alcanzado.

Conclusivo, el texto con el que se cierra el libro: “América Latina, narración y cartografías” va a arriesgar la teoría sobre la que todos los estudios anteriores cobran sentido y con la que se apertrechan de asideros conceptuales. Me interesa fundamentalmente llamar la atención sobre los dos hermosos párrafos con los que este estudio adquiere entidad y con los que el libro mismo también lo hace, pues ellos son la definitiva apropiación del sonido de esta música, además de formulación definitiva sobre la esencia que les imprime su perdurable espiritualidad.

Mientras el primero de estos últimos párrafos redondea el axioma medular de la condición imaginaria americana, una posibilidad de redención frente a las inclemencias de la realidad de un continente saturado de iniquidades sociales y de descalabros históricos (nos dirá que se trata de un “reflejo especular de los sueños”, de una “tierra en constante espera”, de un “sueño postergado”); el segundo, traza la esencialidad de la expresión literaria en el asiento de la condición imaginaria. Vienen, en definitiva, a crear el clima propicio para deponer las angustias de la existencia conducidos por el lenguaje salvador en que se desgasta la literatura. Son, no sólo la sumatoria de todas las cartografías que el libro ha querido reconstruir y transitar, sino la culminación de una filosofía sobre la agónica palpitación de nuestra literatura y sobre la curación

que anida en su propia naturaleza. También, supone una confesión de fe en lo mejor de la literatura y en la poderosa fuerza que es capaz de activar y una de las más promisorias teorías literarias nacidas en americanas latitudes y por efecto de los latidos de americanos corazones:

La literatura nos ofrece un espacio privilegiado para leer sobre la vida y obra de los personajes que alimentan, en el imaginario de los pueblos, el signo donde se reverencia o se discute, donde se establecen principios de cercanías o distancia, que en buena medida han ayudado a conformar una imagen novedosa de la historia, no ya de los procesos sino de los hombres y mujeres que hacen realidad la ficción, que determinan los valores de una espacialidad que no tiene verdaderas fronteras o que entiende éstas de la manera más amplia, no sólo territorialidad, lengua, tradición, arte y cultura sino también espiritualidad, esencia y pertenencia.

Con este libro maestro, Gregory Zambrano ha trazado, el más querido de los sueños del viajero y del cartógrafo: los dibujos y las palabras en el mapa de nuestra imaginación literaria para representarnos con ellos los acantilados, las estrellas, los arrecifes, los fondeaderos y las corrientes de nuestra existencia; ha querido hablarnos del comportamiento de los pájaros y de lo que significa el color de las aguas; ha querido hacernos entender lo que supone repetir las mismas palabras siglo tras siglo en puertos y barcos, en tierras y océanos. Una cartografía, pues, para hacer que lo desconocido se haga mapa memorioso cargado de indescifrables lenguajes. Un viaje, pues, para recordarnos lo que fuimos y somos en la imaginación literaria; la mejor de nuestras realidades.

[Prólogo a Cartografías literarias, Mérida, El otro, el mismo-Universidad de Los Andes-CDCHT, 2008, pp. 13-25]